



IX

SINGULARES EFECTOS

DEL ESPEJISMO

AQUEL día Tartarin, como queda expuesto, no pronunció ni una frase más, y sin embargo, el infeliz había dicho demasiado.

Al día siguiente no se ocupaba nadie en la ciudad sino de la próxima partida de Tartarin para la Argelia, á cazar leo-

nes, y sabido es que el buen hombre no dijo una palabra de esto; pero ¡ya se ve! el espejismo...

Lo cierto es que Tarascón en masa no hablaba de otra cosa.

En el paseo, en el Casino, en casa de Costecalde, todos se decían unos á otros con aire muy ufano:

—Seguramente sabréis la noticia.

—¿Cuál? ¿La partida de Tartarin?

El más sorprendido, con seguridad, fué Tartarin, cuando supo que se iba á Africa. Pero... ¡lo que puede la vanidad! En vez de responder sencillamente que jamás había tenido semejante intención, el pobre Tartarin, la primera vez que le hablaron de ese viaje, respondió: “¡Pchs! ¡Pchs!... Puede ser... No digo que no.” A la segunda vez, algo más familiarizado con esa idea, respondió: “Es probable;” y á la tercera: “Es cierto.”

Y por la noche, en el Círculo y en casa del armero, animado por el ponche de huevo, los vivas y las luces, embriagado por el ruido que produjo en la ciudad la noticia de su partida, el infeliz declaró formalmente que estaba cansado de ca-

zar gorras y que se iba á perseguir los leones del Atlas...

Un hurra formidable acogió esta declaración, y se sirvió más ponche, se repitieron los apretones de manos, los abrazos, y hubo serenata con antorchas hasta media noche, delante de la casita del baobab.

¡Tartarin-Sancho sí que no estaba contento! Se estremecía, de antemano, pensando en el viaje á Africa y en la caza del león, y al entrar en su morada, mientras que la serenata continuaba debajo de sus ventanas, armó á Tartarin-Quijote un escándalo espantoso, llamándole visionario, imprudente, loco rematado, y detallándole minuciosamente todas las catástrofes que le esperaban en tal expedición: naufragios, reumas, fiebres perniciosas, disenterías, peste negra, elefantiasis y demás...

En vano Tartarin-Quijote juraba no cometer ninguna clase de imprudencias, diciendo que se abrigaría bien y que se llevaría cuanto fuese necesario. Tartarin-Sancho no quería atender á razones.

El pobre diablo se veía ya hecho pe-

dazos por los leones, enterrado entre la arena del Desierto, como el célebre Cambyses, y el otro Tartarin no llegó á apaciguarle algún tanto sino diciéndole que no partía en seguida, que ese viaje no era perentorio, y que aún no se habían ido.

Claro está que nadie se embarca para una expedición semejante sin tomar algunas precauciones. Es preciso, ¡qué demonio! saber lo que se hace, y no irse á la ventura de Dios, como los pájaros.

Antes que nada, el héroe tarasconense quiso leer las obras de los grandes viajeros africanos, Mungo-Park, Caillé, el doctor Livingstone, Enrique Duveyrier, y otros.

En estos libros vió que aquellos intrépidos exploradores, antes de calzar las sandalias para sus lejanas excursiones, se habían preparado de antemano á soportar el hambre, las marchas forzadas y las privaciones de toda especie. Tartarin quiso imitarlos, y desde aquel día no se alimentó más que de *agua cocida*, con cuyo nombre designan en Tarascón el

alimento consistente en algunas rebanadas de pan, nadando en agua caliente y condimentadas con una cabeza de ajo, un poco de tomillo y hojas de laurel: algo como el gazpacho español.

El régimen era severo, y ya podrá figurarse cualquiera las muecas que haría Tartarin-Sancho.

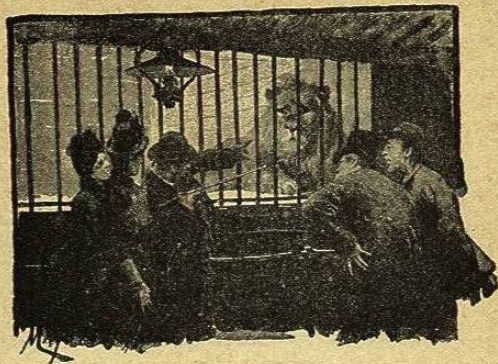
Al uso diario del *agua cocida*, Tartarin de Tarascón añadió otras prácticas preventivas; así es que para acostumbrarse á largas marchas, daba siete ú ocho veces seguidas la vuelta á la ciudad, tan pronto corriendo, tan pronto con paso gimnástico, con los codos hacia atrás y dos piedrecitas blancas en la boca, según la antigua usanza.

Después, para habituarse al relente, á la niebla y al rocío, bajaba todas las noches al jardín y se quedaba allí hasta las diez ó las once, sólo, con su fusil y en acecho detrás del *baobab*.

En fin, mientras que la casa de fieras de Mitaine permaneció en Tarascón, los cazadores de gorras, saliendo de casa de Costecalde, vieron en la sombra, pasando por la plaza del castillo, un hombre

misterioso que se paseaba arriba y abajo detrás de la barraca.

Era Tartarin de Tarascón, que quería acostumbrarse á oír sin estremecerse los rugidos del león durante las sombras de la noche.



X

ANTES DE LA PARTIDA

MIENTRAS que Tartarin se dejaba arrastrar por toda clase de medios heroicos, todo Tarascón tenía puestos los ojos en él: nadie se ocupaba de otra cosa.

La caza de gorras disminuía; las romanzas se iban declarando en huelga. En la farmacia de Bezuquet el piano lan-

guidecía bajo una funda verde, y las moscas cantáridas se secaban encima patas arriba... La expedición de Tartarin había paralizado todo.

Había que ver los éxitos del gran tarasconense en los salones. Se lo disputaban, se lo arrancaban, se lo robaban, se lo arrebatában los unos á los otros.

No existía honor más grande para las damas de Tarascón que ir del brazo de Tartarin á ver las fieras de la colección Mitaine, haciéndose explicar por él, delante de la jaula del león, cómo se cazaban estos animales, cuáles eran los medios y sistemas, á qué accidentes se exponía el cazador, qué peligros corría, etc., etc.

Tartarin satisfacía la curiosidad con multitud de pormenores. Había leído á Julio Gérard y conocía la caza del león al dedillo, lo propio que si él mismo la hubiese practicado innumerables veces. Así, charlaba de esto con grande elocuencia.

Pero cuando la cosa llegaba al colmo, era por la noche, después de la comida en casa del presidente Ladeveze ó del

bravo comandante Bravida, cuasi-capitan retirado, encargado del vestuario en aquellas provisiones de Tarascón. Entonces todas las sillas de la tertulia hacían corro alrededor de la mesa á la hora del café, y el gran Tartarin se entusiasmaba con las peripecias de sus carcerías futuras, sus monterías inverosímiles, con sus vicisitudes naturales.

Entonces, con un codo sobre el mantel, la nariz en la taza del moka, el héroe narraba con voz conmovida y conmovedora todos los peligros que le esperaban. Enumeraba los largos acechos sin luna, al lado de pestilentes pantanos, á orillas de ríos envenenados por las hojas de adelfa; las nieves, los calores del solabrador, los escorpiones, las lluvias de langosta...; y relataba las costumbres de los grandes leones del Atlas, el modo de perseguirlos y luchar contra ellos, el vigor fenomenal de tamañas fieras, su ferocidad en la época del celo. Después, exaltándose con su propia narración, saltaba en medio de la sala, imitando el rugido del rey del desierto, el ruido del disparo de la carabina, ¡pim! ¡pam! ¡pum!

el silbido de la bala explosiva, ¡pffft!, gesticulando, rugiendo, y derribando las sillas á su alrededor.

En torno de la mesa todos estaban pálidos, emocionados profundamente. Los hombres se miraban, levantando la cabeza; las señoras cerraban los ojos con pequeños gritos de espanto; los ancianos blandían instintivamente sus bastones como para defenderse de algún modo contra la fiera, en un arranque de entusiasmo bélico; mientras que en las habitaciones contiguas, dormitorios de los pequeñuelos, se percibían los ruidos del despertar, presa del sobresalto, de tal cual criatura que escuchara el tiroteo y los gritos, y que pedía luz, ¡luz á toda prisa!...

Pero, entretanto, Tartarin no emprendía su viaje.



XI

¡SABLAZOS, SEÑORES, SABLAZOS,

PERO NO ALFILERAZOS!

TENÍA realmente intención de partir?... Pregunta es esa muy delicada, á la que el historiador de Tartarin no sabría qué contestar.

Lo cierto es, que hacía tres meses que la casa de fieras ambulante había salido de Tarascón y que el futuro matador de leones no se movía...

Después de todo, quizá el cándido héroe, cegado por un nuevo efecto de espejismo, se figuraba de buena fe que había ido á Argelia. Acaso, á fuerza de contar sus futuras cazas, se imaginaba haberlas realizado: tan sinceramente como se imaginaba que había izado el pabellón consular, disparando sobre los tártaros ¡pim! ¡pam! ¡pum! en Shang-Hai.

Desgraciadamente, si esta vez Tartarin de Tarascón había sido víctima del espejismo, sus conciudadanos no lo fueron.

Cuando, después de tanto tiempo de espera, notaron que ni siquiera tenía preparadas las maletas, empezaron á murmurar. Los pusilánimes, los cobardes como Bezuquet, á quien una pulga asustaba, y que no podían tirar un tiro sin cerrar los ojos, esos, sobre todo, eran despiadados. En el Círculo, en el paseo, por todas partes se acercaban á Tartarin, diciéndole con sorna:

—¿Para cuándo es el viaje?

—Esto será como lo de Shang-Hai, añadía Costecalde sonriendo.

Y la frase del armero tuvo éxito, y se

repetía sin cesar por todas partes; porque nadie creía ya en Tartarin.

En la tienda de Costecalde los cazadores de gorras renegaban de su jefe.

Luego, los epigramas cundieron. El presidente Ladeveze, que se dedicaba con gusto, en sus horas de ocio, á acariciar ó á hacer la corte á la musa provenzal, compuso en la lengua popular del terruño una canción que obtuvo verdadero triunfo. Se hablaba en ella de un tal maestro Gervasio, gran cazador, cuyo temible fusil debía exterminar hasta el último león de África. Pero por obra del diablo, aquel diantre de fusil era de un sistema singular: *siempre se le estaba cargando, pero nunca salía la carga.*

“¡Nunca salía!” ¿Comprendeis la alusión?

La canción corrió de boca en boca, acabando por repetirla todo el mundo. No había quien no se la supiera de memoria. Y cuando Tartarin pasaba por delante de los demandaderos del puerto, ó cuando los pilletes pasaban por delante de la casa de nuestro héroe, con cual-

quier pretexto, hasta se la cantaban *casi* en las mismas barbas del célebre tarasconense :

Maestro Gervasio se pasa la vida
carga que carga, que carga el fusil ;
mas la bala se niega, se niega ¡ay!
se niega á salir.

Y dijimos *casi* en sus barbas, porque nadie, en realidad, se la llegó á cantar frente á frente, por si acaso era verdad aquello de los *dobles músculos*.

¡Oh fragilidad de los delirios de Tarascón!

El grande hombre, Él, hacía como que nada advertía ni oía ; pero en el fondo, esta pequeña guerra sorda y venenosa le torturaba demasiado ; sentía que Tarascón se le escapaba de las manos, que el aura popular pasaba á otros, y esto le hacía sufrir horriblemente. ¡ Ah, qué cosa tan grande es la popularidad ! Bueno es sentarse delante de la escudilla que nos embriaga con sus succulentos aromas y calor ; pero ¡ cómo abrasa cuando se vuelca el puchero !

A despecho de su martirio, Tartarin

sonreía y seguía su vida tranquilamente como si no ocurriera nada.

Algunas veces, sin embargo, aquella máscara de indiferencia apacible que para su comodidad se había pegado al rostro, se le despejaba de pronto. Cuando tal sucedía, en vez de la risa plácida ó de la sonrisa bonancible, se revelaban la indignación y el dolor.

Así aconteció cierta mañana en que los pequeños limpiabotas se pusieron á cantar debajo de sus ventanas. "El fusil del maestro Gervasio ". Las voces de estos míseros miserables llegaron hasta el cuarto del pobre grande hombre, que se estaba afeitando á la sazón. (Tartarin, ya lo hemos dicho, usaba toda la barba ; pero como cada día le invadía más y más los territorios no selváticos, necesitaba atajarle el paso para que no se cerrase el bosque hasta los ojos.)



De pronto la ventana se abrió violentamente, y Tartarin apareció en mangas de camisa, con su gorro de dormir, embadurnado de blanco jabón, blandiendo la navaja de afeitar y la brocha, y exclamando con voz formidable:

— ¡Caballeros: sablazos, sablazos..., pero no alfilerazos, señores míos!

¡Hermosas palabras, dignas de eternizarse en las páginas de la historia, y que no tenían más pero que el de ser dirigidas á aquellos malandrines, tan altos como sus cajas de limpiabotas, é hidalgos, á la verdad, incapaces de sustentar una espada en sus manos!



XII

DE LO QUE SE HABLÓ

EN LA CASITA DEL BAOBAB

Sólo el ejército era aún partidario de nuestro héroe. La defección era general.

El bravo comandante, el antiguo capitán de provisiones, le conservaba su estimación: — “Es un mozo de cuenta”, repetía; y esta afirmación bien equivalía á la del boticario Bezuquet. Ni siquiera

una vez hizo alusión al viaje consabido; sin embargo, cuando el clamor público tomó grande incremento, se decidió á hablar.

Una tarde, al anoecer, el desgraciado Tartarin estaba solo en su célebre gabinete pensando cosas tristes, cuando vió entrar al comandante, grave, con guantes negros y abotonada la levita hasta el cuello.

—Tartarin, dijo el antiguo soldado con autoridad; Tartarin, es preciso partir.

Y diciendo esto, se quedó derecho en el umbral de la puerta, rígido y severo como el deber.

Todo cuanto quería decir eso de “¡Tartarin, es preciso partir!”, el intrépido tarasconense lo comprendió.

Se levantó de su asiento, muy descolorido; miró con ternura su lindo gabinete tan agradable, la ancha butaca tan cómoda, sus libros, la alfombra, las grandes cortinas de las ventanas, á través de las que se veían las plantas exóticas del jardín; y después, avanzando hacia el bravo comandante, le cogió la mano, se la apretó con energía y dijo con voz

conmovida y los ojos preñados de lágrimas:

—¡Partiré, Bravida!

Y lo hizo tal como lo dijo.

Pero no en seguida..., pues necesitó hacer sus preparativos.

En primer lugar, mandó construir en casa de Bompard dos grandes baules forrados de cobre, con una gran placa, y en ella esta inscripción:

TARTARIN DE TARASCÓN

CAJA DE ARMAS

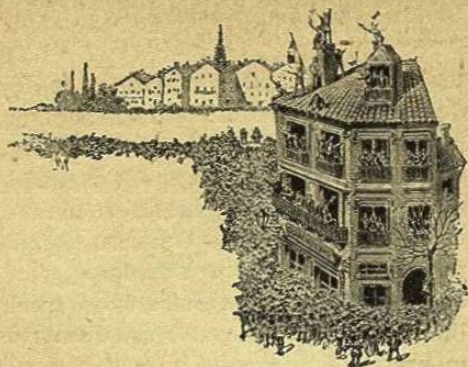
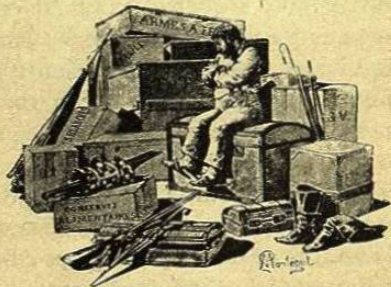
El forrado y el grabado necesitaron mucho tiempo. Encargó también en el almacén de Tastavin un magnífico álbum de viaje para escribir diariamente sus impresiones; pues decía, y con razón, que por más que se vaya á cazar leones, no por eso se deja de pensar.

Después hizo venir de Marsella todo un cargamento de conservas alimenticias, extracto de carne para hacer caldo, una tienda de campaña del último modelo, que se armaba y desarmaba en un

instante, paraguas y sombrillas, impermeable, lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezuet le preparó un botiquín de viaje, repleto de aglutinante, alcanfor, árnica y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarin!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarin-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.



XIII

LA MARCHA

El gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab. Había gente en las ventanas, en los tejados, en los árboles; los marineros del Ródano, los demandaderos, los limpiabotas, los burgueses, los curtidores y tejedores, el Círculo en masa; en fin,